

ESPAÑA: EL VERDADERO SUR.-EDIFICIOS DORADOS, CÚPULAS AZULES EN MURCIA

EN los mercados de Murcia podemos oír aparte del puro castellano el rico «panocho» o lenguaje popular, enlazado con muchas palabras árabes de los huertanos. La capital de la provincia está rodeada por la fértil huerta, y mientras que los verdaderos pastos en España están en el lejano norte, la mejor tierra de cultivo del país está aquí, en Murcia. Los españoles dicen que quien necesite abono puede ir a cargar tierra murciana.

Este es el verdadero sur. Desde la terraza del Malecón, entre los jardines olorosos de azafrán y los naranjos, se divisan los edificios dorados y las cúpulas azules de la ciudad. Las gentes deambulan por el paseo de la Glorieta, a la orilla del río y hacen sus compras en la calle de Platería, un oasis donde no se permite el tráfico rodado. Desde la ciudad cabe ir al Santuario de la Virgen de la Fuensanta o al Convento de San Jerónimo, que guarda la maravillosa estatua del San Jerónimo de Salzillo.

Desde las plazas color miel y las calles estrechas y oscuras, uno busca el confort de los cafés para refrescarse con «lechanís» (café, leche y anís) o «revueltos» (una mezcla de vino y coñac).

UNA FACHADA BARROCA

Los monumentos están encabezados por la catedral que tiene una fachada ampulosa como el decorado de una ópera; el patio plateresco del



Palacio Episcopal, y las iglesias barrocas de Jesús y de San Miguel, que contienen esculturas del siglo XVIII, del celebrado Salzillo; existe un nacimiento, un Belén de Salzillo con más de 500 figuras salidas de su mano. Los «pasos» tallados por Salzillo son realistas e impresionantes y son sacados a la calle en las procesiones de Semana Santa.

Orihuela, muy próxima a la capital murciana, entre huertos de naranjos, entre claros de bambú y callejuelas de palmeras africanas es otro centro tradicional. Es la «Óleza» de las novelas de Gabriel Miró. Para conocer Murcia debe leerse a Miró, el Trollope español, un maestro en la creación de ambientes y en las descripciones poéticas y sensuales.

Es Orihuela una pequeña ciudad de santuarios y conventos donde se hacen deliciosos pasteles y donde se cría el gusano de seda. Por las estrechas calles y entre el repique de campanas y el incesante fluir de gente de las iglesias abiertas, aparecen las figuras embozadas de D. Magín y el P. Bellod, como saliendo de «Nuestro Padre San Daniel» de Miró.

Las iglesias, incluida la Catedral, tienen bellas portadas, y adjunta al barroco Santo Domingo está la vieja Universidad con el refectorio del siglo XVII y los claustros de doble arcada. En el tesoro catedralicio figura, en su museo, un maravilloso cuadro de Velázquez.

Las procesiones de Orihuela sólo pueden parangonarse con las de Lorca, situada en la falda de la Sierra del Cano, una pequeña y barroca ciudad de conventos e iglesias llenos de «pasos» de Salzillo, de casas blanqueadas y palacios con escudos de armas, una noble y altiva ciudad.

Es famosa Lorca por su espectacular Semana Santa, por sus caballos y sus bordados. Rivalizan entonces dos cofradías, la de los Azules y la de los Blancos, que tratan de superarse en la magnificencia de los mantos bordados que hacen para las procesiones de Semana Santa. La procesión del Viernes Santo lorquino es una confusión de lo sagrado y de lo profano, llena de colorido. Otra extraña cabalgata —ésta, plenamente profana— es la del Entierro de la Sardina en el barrio gitano (?) de la capital murciana. Estos gitanos se encuentran también en cuevas entre las ruinas de la antigua ciudadela de Alfonso el Sabio, en Lorca.

CIUDADES VINICOLAS

Hay un área poco conocida de pequeñas ciudades interesantes, ciudades vinícolas como Yecla y Jumilla. Espinardo es la cuna de los pimien-



tos mórrones, mientras que Librilla está cerrada por un profundo barranco y salpicada con reminiscencias de paredes moriscas. En el valle del Segura, el mismo Segura que bajo el Puente Viejo cruza la parte antigua de Murcia, se encuentra el pequeño balneario de Archena, cercado de montañas donde crece abundante esparto. Es aproximadamente de finales del siglo XVIII, aunque sus aguas curativas ya se tomaban en la Edad Media; sus blancos edificios termales y el Hotel Termas bien podrían ser un palacio veraniego.

Murcia está enlazada directamente con Cartagena, a poco camino, en el Mediterráneo, la Cartago Nova de los antiguos fenicios, con las ruinas de un castillo desde el que se divisan las cuatro colinas que rodean la ciudad.

Cartagena tiene muy peculiar personalidad y es grata y confortable su calle de la Marina Española —donde se prohíbe el tráfico— con sus tiendas, cafés y centros navieros que se extienden hacia el mar. Aquí se encuentra uno de los puertos más bonitos de la península, perfectamente divisable desde el Parque Torres.

Tampoco hay gran distancia a Elche, la rocosa ciudad sobre el río amarillo, desde donde se ve una iglesia con cúpula azul que pudiera ser una mezquita elevándose entre las menudas casas. Esto es África en España, donde los recogedores de dátiles trabajan en un palmeral único en Europa. Los ramos de las palmeras acabarán por decorar los balcones de Murcia y aún los de Madrid.

Las fachadas de la ciudad de Elche son casi del rococó, y en esta tierra tiene lugar la curiosa representación del Misterio de la Asunción de la Virgen.

(De *The Times* de Londres, 22 de noviembre, 1958.—

Traducción de Francisco Ibáñez).

